

Justicia no es venganza

MIGUEL ESCUDERO

Creo que hay que dar siempre otra oportunidad, incluso a los asesinos que no se la dieron a sus víctimas

En los tiempos que corren, a muchos se les antoja que hablar de 'hombria de bien' es una ocurrencia absurda y fuera de lugar. Pero así de pobre y miserable va nuestra educación social. Sucede que sólo ese proyecto de vida permite trazar esperanza en nuestra condición humana. Entremos en materia; nada bueno se puede esperar del afán de revancha o del soñar desquites vengativos, más aún cuando es imposible restaurar una vida humana, la pérdida máxima. ¿De qué sirve la venganza si en ningún caso nos podrá retornar lo que nos han arrancado? Con ella se ingresa en un tiovivo maldito que niega cualquier otra perspectiva. La vida revienta con tal obsesión. Sin embargo, ¿se puede renunciar a la justicia, al alivio del reconocimiento social? Ni se puede, ni se debe.

No nos podemos conformar con la ocultación de la verdad o con el imperio de la mentira concreta. De hacerlo, estaríamos perdidos. Por otro lado, si 'no hay derecho', se regresa a la cueva. Sólo contando con el Derecho se puede poner en marcha el motor del progreso y cambiar, así, las condiciones de contorno de modo equilibrado.

He leído hace poco un libro admirable y asombroso: 'Agujeros del sistema' (Ikusager); su autor es el joven periodista Juanfer F. Calderín, director de Comunicación del Colectivo de Víctimas del Terrorismo en el País Vasco (Covite). El subtítulo es 'Más de 300 asesinatos de ETA sin resolver'. ¿Será posible esto? Sí, lo es. En estas páginas se ponen en evidencia, con detalle claro y riguroso, una red de deslices y negligencias judiciales y policiales. El punto de partida es «858 muertos, más de diez mil asesinatos frustrados, más de mil extorsiones consumadas y cerca de doscientos mil desplazados forzosos». Se dice pronto. ¿Se puede correr un tupido velo sobre esta realidad incontestable?

Desidia y errores han permitido que un puñado de expedientes de procesos penales nunca llegara a donde, por ley, debían ir: a la Audiencia Nacional. Han prescrito responsabilidades penales en uno de cada tres de esos casos. No hablemos más de números, lo que importa son las personas. Quien quiera saber minuciosamente, que lea este trabajo y se documente. Al no constar en sentencia los autores de esos crímenes. a los

allegados de las víctimas se les merma su indemnización económica. Cualquiera con sentido de la justicia encontrará grave que se haya liberado a terroristas 'arrepentidos' sin ser preguntados por matanzas cometidas por los comandos en que estaban integrados: «Pisaron la calle –se nos dice– sin que las autoridades o la Justicia les interpelesen ni una sola vez por ninguno de los crímenes no resueltos que se cometieron en el terreno en el que ambos operaban, como asesinos a sueldo». Ni siquiera se les informó de su obligación legal a colaborar en el esclarecimiento de atentados en que hubiesen participado.

Como señaló Consuelo Ordóñez a uno de los asesinos de su hermano: «En un delito como el asesinato el que tiene que perdonar es el que está muerto. Sé que me tienes que pedir perdón porque ese es el motivo del encuentro, pero no he venido a que me pidas perdón. El que te tiene que perdonar es mi hermano y está muerto». Los asesinatos deben oír palabras como éstas. Otros los siguen envileciendo al jalear como signos de 'generosidad' y 'compromiso' sus tiros en la nunca y sus bombas activadas a distancia. Vergüenza del género humano. Creo que hay que dar siempre otra oportunidad, incluso a quienes no se la dieron a sus víctimas. Me quiero dirigir ahora a quienes ya están en la calle y no han confesado su crimen, ocultado entre otros. ¿Sabéis quién era Mark Dixon? Un personaje de novela, pasada al cine en 1950 por Otto Preminger con el título 'Al borde del peligro' ('Where the sidewalk ends'). Vedla. Hay dos grandes actores: Dana Andrews y Gene Tierney. ¿No os estimáis lo suficiente como para hacer lo que hizo Dixon en el último suspiro de la película? Os ganaríais el cielo. Un gesto inspirado en tal acción os envolvería de extraña gloria o acaso de decencia; además, vuestra posible contricción sería auténtica. ¿Os atrevéis siquiera a ver la película?